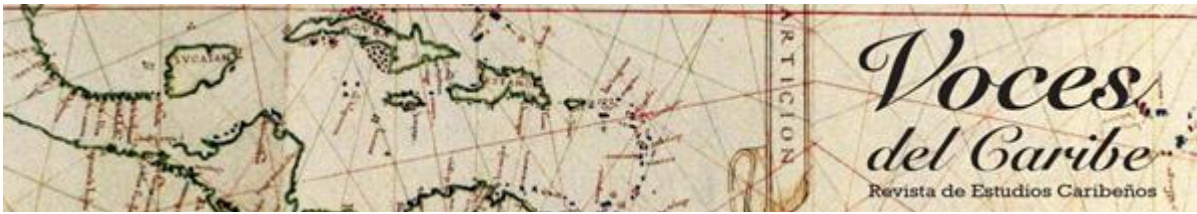


La Generación sin Rostro

El sol derramaba sus rayos con potencia, implacable. De pie a un lado de la calle abarrotada, un hombre aguardaba con aparente impaciencia. Su cuerpo se mantenía recto, inmóvil, mas su mirada, recorriendo ambos lados de la calle sin cesar, revelaba tensión y un aire sombrío. De repente, un pequeño grupo de personas se acercó a él. Turistas, sin duda. Es fácil identificarlos: el tono de piel más claro que el suyo, el acento notable en sus voces bulliciosas, la curiosidad e incredulidad en sus ojos al ver cosas desconocidas; todo habla por sí mismo. Sin preámbulos, uno de los jóvenes preguntó “¿qué es usted?” El hombre lo miró fijamente en silencio, severidad refulgiendo en sus ojos. Sabía lo que estaba preguntando el joven, pero responderle no era una opción en una tierra donde el precio a pagar para vivir es repudiar el sello de los antepasados. El grupo comenzó a alejarse, y mientras los observaba el hombre no pudo evitar pensar en la ironía de la pregunta. En su propia patria se le estaba permitido existir, pero con la condición de acogerse a la invisibilidad; porque afiliarse al espíritu de uno u otro grupo podía significar una tragedia o un sacrilegio. Entonces, ¿qué soy?, pensó con amargura.

Unos segundos más tarde sus cavilaciones fueron interrumpidas por la llegada de otros cinco





Volumen 6, Número 1

Invierno 2016

hombres. Se aproximaron con paso firme pero lento, sus rostros serios y severos. Los cinco portaban herramientas para excavar. Uno de ellos, de alta estatura y espesa barba, dio un paso adelante y con voz baja y áspera se dirigió al hombre pronunciando sólo un nombre: “Joseph.” Con una mirada fría Joseph asintió en respuesta. Sin otra palabra el grupo de hombres comenzó a caminar por la calle con Joseph siguiéndolos unos cuantos pasos atrás. A medida que caminaban, mientras observaba las espaldas de los hombres, sentimientos opuestos se agolparon en su pecho.

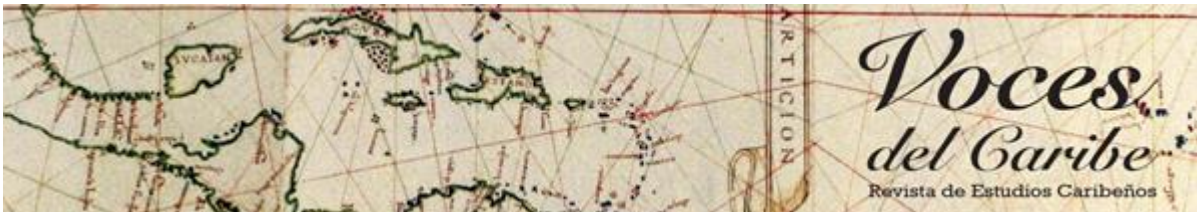
Primero una rabia ardiente, luego una desoladora resignación y, finalmente, una perceptible y lejana lástima. En la calle ya no se encontraban sólo ellos, había toda una multitud de seres etéreos, una procesión de almas condenadas marchando hacia la oscuridad. Familias enteras dando su último paseo antes de convertirse en recuerdos y sueños difusos teñidos de rojo. Y mientras el recorrido toma lugar, a ambos lados de la calle las almas privilegiadas cuyos sellos no son diferentes observan impasibles a la multitud, sus ojos se ciegan ante el desfile antinatural, y sus oídos se ensordecen en medio del llanto. Los ojos pasivos de los espectadores pesan sobre Joseph, sobre el estigma incandescente tatuado en su pecho, en su espíritu. Y de repente... ya no hay multitud, ya no hay calle; Joseph sacudió la cabeza para aclarar su visión y se encontró frente a un desolado terreno un poco alejado del centro del pueblo.

Los cinco hombres hablaban entre sí, aparentemente consultando sobre algún asunto. “¿Dónde está entonces?” preguntó Joseph. El hombre de la barba, Henrick, miró a su alrededor y señalando con una pala un punto cercano a unas ruinas respondió: “Debería estar ahí.” Poco

Page 42

Nicole D. Ruiz Torres





Volumen 6, Número 1

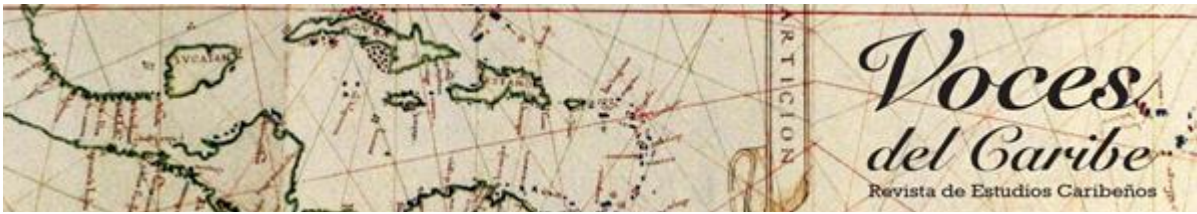
Invierno 2016

después, el grupo de hombres comenzó a cavar. Joseph caminó hacia la estructura en ruinas. El silencio del lugar era opresivo, surreal. Daba la impresión de que en medio del espacio vacío lo desconocido y lo impronunciado aún estaba ocurriendo después de tantos años; y que gritos desgarradores pidiendo auxilio rasgaban las páginas de la historia. Y de pronto Joseph pudo verlo todo claramente. El lugar estaba repleto de personas. O al menos para él eran personas, pues para los heraldos de la muerte que arrasaban la villa se asemejaban más a animales. En el amplio terreno, mujeres, hombres y niños corrían y gritaban a medida que el fuego consumía cruelmente sus viviendas. Algunos yacían heridos tendidos en la tierra y otros muertos. Abriéndose paso a través del caos Joseph corrió por instinto al interior de una vivienda que estaba empezando a ser envuelta por las llamas. Dentro, en un rincón, alcanzó a ver a un niño acurrucado, aún vivo y con lágrimas en sus mejillas. Sin perder un momento lo tomó en sus brazos y salió apresuradamente de la casa. Exhausto, colocó al niño en el suelo y cayó de rodillas. Pero de la nada vio algo que le provocó un sobresalto. Una figura, que creyó reconocer por instinto, y que se encontraba en sus últimos segundos de vida. Joseph corrió hacia la figura, en sus manos vibraba la esperanza y la determinación de salvar al hombre de las abominables garras del asesino que lo sujetaba... pero todo desapareció tan rápido como había aparecido. Al abrir los ojos Joseph se encontró nuevamente frente al terreno desierto. Sin embargo, una cosa no había cambiado: el niño, aún seguía allí, y lo observaba silenciosamente. Intentó averiguar su nombre, pero el chico no respondió.

Page 43

Nicole D. Ruiz Torres





Volumen 6, Número 1

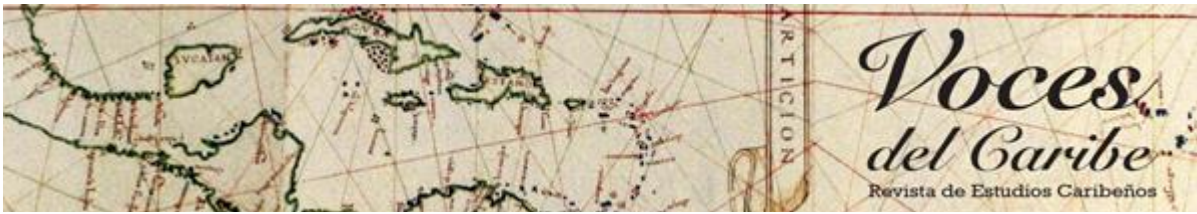
Invierno 2016

Entonces caminó hacia el grupo de hombres que cavaban, con el niño siguiéndolo de cerca. El agujero en el suelo crecía con rapidez. La fatiga de los hombres por la ardua tarea era visible, pero lo más notable era la figura de Henrick. A medida que cavaba, sus manos, que sujetaban la pala con una fuerza casi violenta, empezaron a mancharse con un color carmesí. No obstante, él no se detenía sino que cavaba con mayor ímpetu; y si sentía dolor, su rostro no lo delataba. Finalmente se detuvo, observó el fondo de la fosa y se echó a un lado para dejar espacio. La espera había terminado. Joseph dio un paso adelante, mas el niño, de quien casi se había olvidado, se acercó primero, con esa curiosidad sin malicia tan especial de la infancia. Sin embargo, un segundo luego el niño dio un salto y dejó escapar un grito de terror. Joseph dirigió la mirada al interior de la fosa donde un sinnúmero de seres monstruosos elevaban la mirada al cielo. Luego miró al niño y como por medio de una chispa lo reconoció con un sobresalto. El niño lo contempló con expresión de resignada melancolía, se lanzó a la fosa, se recostó sobre los huesos y luego de un momento desapareció. Joseph se arrodilló en el borde de la fosa y contempló sus contenidos, su cuerpo se estremecía con convulsiones provocadas por el llanto reprimido. Había creído que hallar los restos de su padre, cuyo rostro ni siquiera podía recordar, y enterrarlos como es propio lo ayudaría a descubrirse, a encontrarse y a entenderse. Pero en ese agujero sólo había rastros inidentificables de lo que un día fue y de lo que nunca volverá a ser. Y ahora allí junto a su padre quedaba una parte de él, un pasado, sepultado también. La faz de Henrick guardaba respeto, irónicamente, por aquellos restos aterradores de seres a quienes masacró en otros tiempos; y la

Page 44

Nicole D. Ruiz Torres





Volumen 6, Número 1

Invierno 2016

sangre cálida que resbalaba por sus manos caía sobre los huesos como un tributo a los muertos, como una penitencia para los vivos.

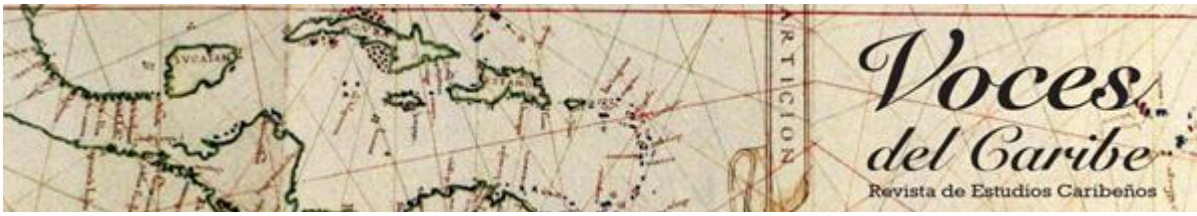
Comentario

Hay dos ideas que sirvieron como base para inspirar la creación de esta historia. La primera es que el genocidio continua ocurriendo aun en pleno siglo XXI y es necesario que se cree conciencia y se tome acción tanto para reclamar la dignidad y los derechos humanos de aquellos que han muerto víctimas de este crimen, como para lograr que futuras generaciones no tengan que sufrir el mismo. La segunda idea es que el genocidio ocurre a distintos niveles, o sea que no sólo implica una destrucción física, sino también una destrucción de carácter simbólico. Esta destrucción simbólica incluye un daño potencial a la mayoría de los elementos que constituyen la cultura de un grupo, incluyendo lenguaje, códigos y costumbres, y también a la percepción que ese grupo tiene sobre su pasado histórico, sus futuras expectativas como un colectivo y su posición en el mundo y dentro de las sociedades. Por lo tanto, provoca serios conflictos relativos a la identidad de cada individuo y del grupo. En ocasiones, en efecto, se ven obligados a negar su origen étnico para poder mantenerse relativamente integrados a la sociedad de sus naciones. En el Caribe los casos de genocidio se remontan hasta finales del siglo XIX con la llegada en masa de los colonos europeos. Grupos tales como los quichés de Guatemala, los incas, los taínos y otros diversos grupos de amerindios perecieron; víctimas tanto de genocidio simbólico, por las alteraciones de sus elementos culturales e identidad, como físico a causa de la violencia y la

Page 45

Nicole D. Ruiz Torres





Volumen 6, Número 1

Invierno 2016

explotación a las cuales fueron sometidos. Otros casos, contenidos dentro del contexto de políticas represivas del agitado siglo XX, incluyen las matanzas de ticunas durante la Masacre del Capacete en Brasil, el genocidio de quechuas en la región de Ayacucho en Perú, y la matanza de haitianos durante la Masacre del Perejil en República Dominicana bajo la dictadura de Rafael Trujillo. Entre las principales causas del genocidio se encuentra la deshumanización. Mediante ésta, ciertos grupos de seres humanos comienzan a ser vistos como animales o como plagas sociales. En la mayoría de las ocasiones la deshumanización es puesta en práctica para obtener poder y control, o como resultado de una necesidad desmedida e ilógica por cambiar aquello que se muestra diferente. Es importante sobre todo combatir la indiferencia. Las representaciones literarias del genocidio constituyen el reflejo de un trauma y, por lo tanto, nos corresponde reconocer que nos afecta a todos en uno u otro nivel y que ninguna condición o distinción, de país o de persona, justifica el genocidio. Fuera de toda marca y nombre, todos somos seres humanos con la misma esencia y los mismos derechos.

Nicole D. Ruiz Torres

Universidad de Puerto Rico

Page 46

Nicole D. Ruiz Torres

